

Chaparro Gómez, César, *Fray Diego Valadés, evangelizador franciscano en Nueva España*, Badajoz, CEXECI, Colección Extremeños en Iberoamérica, 2015, 352 pp.

Esta monografía representa la culminación de largos años de investigación sobre la vida y obra de un fraile que no ha tenido el eco que debiera, a pesar de los esfuerzos de beneméritos estudiosos como Esteban J. Palomera y el inolvidable padre Isaac Vázquez. César Chaparro no solo ha colmado esta dolorosa laguna con importantes estudios, sino que también ha creado una fructífera escuela de estudios valadesianos. Analicemos un libro perfectamente estructurado.

El capítulo I traza la biografía de fray Diego, al que se da decididamente por nacido en España y no en el Nuevo Mundo. Así lo prueban varios hechos: que él mismo dijera que era *eius terrae* [la Nueva España] *fere alumnus* («casi natural de esa tierra»); que los humanistas italianos lo llamasen *Iberus* y, finalmente, que Wadding aludiese a él como *Hispanus*. Según Chaparro, el futuro fray Diego, hijo de Bartolomé Valadés e Inés Díaz, nació en Barcarrota en torno a 1533. Su padre pasó a Nueva España con toda la familia en 1537. Las escasas noticias que tenemos sobre la vida de Diego en el Nuevo Mundo se deben, sobre todo, a lo que cuenta el propio fraile en su *Rhetorica Christiana*. Fue discípulo de fray Pedro de Gante, probablemente en el convento de Tlatelolco. Tras su profesión en la orden franciscana, se entregó a la evangelización de los chichimecas; en un ataque de estos belicosos e indómitos indios estuvo a punto de morir, perdiendo todos los libros. Casi cuarenta años después volvió a España: el 4 de mayo de 1571 dos hermanos, los dos vecinos de Puebla, Salvador y Juan de Cárdenas, le dieron poder para cobrar la herencia paterna en Sevilla. Llegado a la Península Ibérica, Valadés marchó de inmediato a Francia a entrevistarse con el general de la Orden franciscana, fray Cristóbal de Cheffontaines, saltándose por las bravas el patronato regio. Sigue una prolongada estancia en Sevilla. En 1574 Valadés publicó el *Itinerarium Catholicum* de su

maestro Juan Focher en la imprenta hispalense de Alonso Escribano. En 1575 encontramos a Valadés en Roma, nombrado por Cheffontaines procurador general de la Orden en la curia. Todas las actuaciones del flamante procurador se encaminan de nuevo a obviar el patronato regio a favor de la Santa Sede. Reacciona airadamente la corte española, logrando la expulsión de Valadés de Roma y su cese como procurador. Sin embargo, el Pontífice protegió al fraile, aliviando su destierro en una ciudad papal, Perugia, donde Valadés acabó su *Rhetorica cristiana*, dedicada en 1579 a Gregorio XIII. En 1581-1583 se encuentra otra vez en Roma. A partir de entonces se pierde su rastro.

Después de la biografía, la obra. El capítulo II está dedicado a situar en su contexto la *Rhetorica Christiana*, a cuyo fin se procede al análisis de tres obras similares, las escritas por Bartolomé de las Casas, el padre Acosta y fray Luis de Granada. Las Casas, en su *De único uocationis modo*, sostuvo que los indios, como seres racionales, debían ser evangelizados de modo racional. El padre Acosta unió la persuasión pacífica con la coacción militar, pero exigiendo al predicador «acomodarse a la capacidad de la audiencia». También fray Luis se dio cuenta de la extrema dificultad de inculcar a los infieles los misterios de la religión cristiana. A mi juicio, el problema para Las Casas estribó en que no podía admitir que los indios tuvieran menor capacidad que los europeos para ser educados en la fe, ya que, de haberlo aceptado, hubiera parecido que cedía ante las tesis de su contrincante, Juan Ginés de Sepúlveda.

Que los iniciados en la fe debían de ser tratados como niños lo había indicado ya San Pablo en un pasaje famoso de su carta a los Hebreos 5, 12ss. «Debiendo ser ya maestros a causa del tiempo, tenéis necesidad de volver a ser enseñados cuáles sean los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tengáis necesidad de leche, y no de manjar sólido; que cualquier que participa de la leche, es inhábil para la palabra de la justicia, porque es niño; mas la vianda firme es para los perfectos, para los que por la costumbre tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal». Los educandos, de hecho, son como niños, pues son *rudes* («groseros, ignorantes»), una palabra clave que asimismo empleó San Agustín para titular su tratado *de cathechizandis rudibus*. Este mismo criterio había adoptado la Orden franciscana desde un primer momento, y su postura no había cambiado en la segunda mitad del siglo XVI. En un memorial enviado por la Orden a Valadés se afirma que los indios son «flacos y débiles como niños» (p. 48). Ahora bien, si los indios son como niños, se

deduce que no pueden valerse por sí mismos, luego necesitan de un tutor que los guíe, una tesis que se acerca sobremanera, si es que no es igual, a la propugnada por Juan Ginés de Sepúlveda con un ropaje más humanístico y aristotélico. Es curioso, sin embargo, que los mismos frailes que tildaban a los indios de niños se indignasen cuando se reprochaba a sus catecúmenos su inestabilidad en la fe. Valadés rechaza arduosamente la comparación de los indios con los moros granadinos (p. 155ss.), un parangón que no es del todo exacto, ya que a los moriscos se les aplicó la Inquisición, mientras que en el Nuevo Mundo, tras los primeros autos de fe realizados por Zumárraga y Landa, se evitó por todos los medios llevar a los indios ante el tribunal del Santo Oficio.

En el extenso capítulo III se analiza la estructura y contenido de la *Rhetorica Christiana*, un tratado que tuvo dos ediciones (1583, 1587) y fue traducido al alemán (1588). La obra, que no se corresponde con su título (el final es un resumen de Pedro Lombardo), es una «amalgama de temas retóricos, teológicos, bíblicos, jurídicos e históricos». Esta «enciclopedia», que en un principio debió llamarse *Summa summarum scientiarum omnium*, tiene una clara intencionalidad política, sirviendo otra vez a la estrategia papal frente al patronato regio. Las ideas de Valadés sobre el imperio terrenal del Pontífice resultan «anacrónicas», como señala con toda justicia Chaparro (p. 126); pero esa doctrina trasnochada siguió siendo utilizada por los españoles para defender la donación de Alejandro VI ante los demás pueblos de Europa, cuando otras potencias —Francia, Inglaterra— empezaron a discutir con toda justicia los derechos esgrimidos por los juristas hispanos; por eso nos suenan hoy también a viejas y anticuadas algunas páginas de Solórzano Pereira en que se alega la bula papal como título de derecho sobre las Indias.

El tratado contiene un *ars memoriae*, basada en la *in rhetoricam isagogae* de Lulio. En ella se defiende la primacía de la memoria en el discurso humano y se busca una armónica combinación de las imágenes reales con las imágenes mentales, tal y como era de esperar en un libro dirigido a un auditorio indígena, acostumbrado a aprender mensajes mediante pinturas. Valadés ensambló de este modo dos tradiciones, la indígena y la europea. Si en el Viejo Mundo la pintura fue el libro del analfabeto durante toda la Edad Media, Chaparro nos recuerda que San Ignacio volvió a dar gran importancia a la iconografía (una atención a las ilustraciones que culminará en el libro del padre Nodal); que otro tanto hizo la *familia caritatis* y que el mismo fin, desde otro punto de vista, buscó la emblemática.

Chaparro hace un estudio detenido de los grabados (aunque no creo que aprendiera la técnica de Pedro de Gante: *non omnia possumus omnes*), señalando algunas importantes coincidencias de algunos de ellos con los que se encuentran en los *Monumenta humanae salutis* de Arias Montano.

Como el autor señala oportunamente, en los diagramas o tablas se echa de ver la influencia de la doctrina de italianos contemporáneos de Valadés, y probablemente conocidos suyos, como Agustín Valerio, Denores, Robortello, Castelvetro y Toscanella.

Muy interesante es el apartado dedicado al influjo del mundo náhuatl en la *Rhetorica*. Con buen criterio, Chaparro rechaza que, como quería Díaz Cíntora, algunos pasajes sean parodias de las pláticas de viejos (los *huehuetlatolli* o «sabiduría de la palabra», consistentes en una diálogo: admonición paterna y respuesta filial); en realidad, se trata de evocaciones de la realidad india. A ello se añade un hallazgo notabilísimo: la historia persiana de la *Rhetorica* deriva de un cuento que se refiere en el *Don Florindo* de Basurto, un libro que pudo agradar a Valadés por su afición a los emblemas y su profunda misoginia.

En el capítulo IV se examinan otras obras del franciscano. En primer lugar, el *Itinerarium* de Focher, que el fraile barcarrotero «amplió, corrigió, pulió y editó» y que es «un manual práctico dictado por las exigencias concretas de la evangelización de los indios». En segundo término, una obra inédita, las *Assertiones catholicae*, conservadas manuscritas en la Biblioteca Vaticana, en los manuscritos Ottoboniani Latini 582 y 2366.

En el capítulo V se establece una muy interesante comparación entre Valadés y Ricci. El primero compuso el «Atrio de la memoria», el segundo, el «Palacio de la memoria». Hay otras coincidencias, sin duda, entre el franciscano y el jesuita; pero no se puede decir que ambos «se vistieron como vestían los indígenas». Ricci se hizo con el atuendo y aparato de los mandarines, desde luego, pero Valadés siguió llevando durante toda su vida el tosco sayal franciscano; no me lo imagino vestido de chichimeca.

En otro punto menor estoy en desacuerdo con Chaparro: en que fuese Sahagún el blanco de las críticas de nuestro fraile cuando este escribió que «abunda en muchos errores y mentiras la historia de la Nueva España y de todo el Nuevo Mundo» (p. 162). En efecto, no consta que Sahagún escribiese una historia del Nuevo Mundo. El cronista aludido, a mi juicio, no puede ser otro que Gómara, posibilidad que se admite en p. 271. Gómara es el único autor que cumple los dos requisitos de haber escrito una historia de las Indias y una exaltación de Cortés, una crónica que se

olvidaba de los méritos de los frailes, para gran indignación de Valadés; mas, a decir verdad, los franciscanos no habían participado en la expedición conquistadora.

Las traducciones, como no podía ser menos, son siempre correctas. Una pequeña observación: en p. 159 se habla de «lugares de asentamiento (reducidos y no dispersos)»; como «reducidos» puede dar lugar a equívocos, sería mejor hablar de «reducciones». En p. 183, cuando se alude al pretor y al prepósito, convendría aclarar que se trata del alguacil y del alcalde, respectivamente.

Hay muy pocas erratas: *Itinerarim* (p. 241) y «Rávena» varias veces. A un hombre de mi edad le choca el uso de términos como «implementación», pero la jerga técnica ha introducido esta palabreja de manera definitiva en nuestro vocabulario.

En suma: se trata de un libro excelente, muy bien pensado y muy bien escrito, que dice lo que tiene que decir con llaneza y tino y no se pierde en divagaciones hueras y enojosas. Chaparro ha evitado empedrar el texto de latines incomprensibles para los lectores y, cuando hace una cita erudita, la traduce de inmediato. Ya era hora de que la biografía y la obra de Valadés se hiciesen accesibles a un lector culto; este, sin duda, es otro de los grandes méritos de esta ejemplar monografía.—JUAN GIL, Real Academia Española.

Ciaramitaro, Fernando y Ferrari, Marcela (coords.), *A través de otros cristales. Viejos y nuevos problemas de la historia política de Iberoamérica, México/Mar del Plata*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México/Universidad Nacional de Mar del Plata, 2015, 294 pp.

Este libro nos muestra un diálogo entre diferentes perspectivas que instalan una nueva forma de hacer historia política. Es resultado de un encuentro y diálogo entre investigadores de distintas nacionalidades en el simposio «La política entre teoría y práctica. Pasado y presente en la historia de Iberoamérica», en el marco del 54.º Congreso Internacional de Americanistas (ICA), que tuvo lugar en la Universidad de Viena en julio de 2012.

En sus capítulos existen y coexisten diferentes posturas epistémicas, teóricas y metodológicas para abordar los diversos temas correspondientes a la nueva historia política desarrollada desde los años ochenta del siglo XX, que indaga —como exponen Ciaramitaro y Ferrari en la introducción,

«Repensando la nueva historia política iberoamericana desde el umbral del siglo XXI»— sobre los viejos temas de la vida institucional, el Estado y las organizaciones, a la vez que incorpora a la sociedad civil, con sus actores y diversidad de prácticas políticas. Además de una amplia gama de perspectivas, este libro contiene dos estudios referentes a México, uno a Brasil y tres a Argentina, en un intento por discutir estas temáticas no solo a partir de diferentes preceptos teórico-metodológicos sino también incorporando una mirada que pretende construirse en una reflexión transversal sobre Iberoamérica.

El primer artículo correspondiente a México —titulado «Diferenciación y periferia de la sociedad moderna: orden social y sistema político en México» y realizado por Raúl Zamorano Farías— intenta, desde un marco teórico luhmaniano, construir una discusión sobre la democracia en México teniendo en cuenta las categorías de diferenciación funcional del sistema político. La experiencia mexicana mantiene esquemas patrimonialistas y corporativistas, como pueden ser los sindicatos y las cooperativas, lo que la aleja de la idea de diferenciación funcional propia de la modernidad. En este sentido, junto a los procesos de centralización de las funciones del Estado, se genera una entronización de esquemas culturales que reproducen la estratificación, las relaciones personalizadas propias del compadrazgo, la familia o de las redes clientelares y, en general, de las redes de confianza que actúan en los márgenes del Estado y que funcionan como canales únicos de inclusión política. Esta cultura política que produce orden social desde el uso de voluntades políticas no es sino el sello de una modernidad periférica que aleja, según el autor, cualquier expectativa democrática ampliada.

En un sentido igualmente crítico de la historia política mexicana, el texto de Mariano Torres, «Colapso de un régimen y reorganización del estado revolucionario en México: cultura política heredada y fundamentos económicos distorsionados (1915-2006)», nos habla de las exiguas conquistas de las dos revoluciones mexicanas. La revolución de independencia de 1810 y la revolución mexicana de 1910 intentaron ampliar las bases de justicia social pero ambas fracasaron en instalar las máximas aspiraciones de los campesinos y trabajadores. El reparto de tierras no solo fue insuficiente sino que estatizó las áreas agrícolas vinculándolas a las nuevas élites; asimismo, las mejores condiciones laborales derivadas de la legislación obrera apenas duraron una generación. Es decir, fueron conquistas de corto plazo que no cambiaron las formas de representación mientras que la nueva

clase política emanada de la revolución terminó actuando como la oligarquía que había desplazado.

El capítulo correspondiente al Brasil, «La política exterior brasileña en la era democrática: un análisis constructivista», de Beatriz Alves y André Luis Eiras, analiza, desde la perspectiva de la teoría constructivista —que incluye las categorías de moral y conciencia, así como la idea de que la estructura y el agente son una construcción mutua—, la política exterior brasilera a través de los presidentes Neves, Sarney, Collor de Melo, Itamar, Cardoso y Lula. En este recorrido propone que las distintas etapas por las que atravesó la política exterior en sus intentos de alinearse, ya sea a las directivas de los países desarrollados o bien a la construcción de estrategias regionales, forman parte del modo en que se erigen los diferentes proyectos nacionales. A pesar de la intención inicial, se trata de un ensayo poco logrado, en gran medida debido a la desconexión entre el desarrollo teórico y el relato histórico y politológico de la diplomacia brasileña del siglo XX.

Finalmente, los capítulos dedicados a la historia política de Argentina muestran, desde diferentes configuraciones, una forma de estudiar el peronismo desde la periferia. Carolina Barry, en «Los centros cívicos peronistas: de los “Coronel Perón” a los “María Eva Duarte de Perón”, política, partido y liderazgos (1945-1947)», nos describe la participación de los centros cívicos, formados en diferentes momentos de arriba abajo, acompañando la campaña de Perón o bien de manera independiente, en el surgimiento del liderazgo de Eva Perón, quien finalmente emergió como abanderada del voto femenino. La autora aprovecha este pasaje de la historia política argentina para mostrar la vida asociativa implicada en el funcionamiento, en las formas de agrupación —desde secciones de partido a redes barriales y parentales— y en los objetivos de los centros cívicos; coyuntura que realiza la participación política de las mujeres en una coalición que enlaza a peronistas, laboristas y radicales provenientes de un amplio espectro en términos sociales. No obstante lo anterior, no es una historia de mujeres, es una historia del peronismo y cómo distintos actores —incluidas las mujeres— construyen la agenda masculina del partido y se comprometen con el desarrollo de estrategias de inclusión, en este caso a través del sufragio femenino.

«El Peronismo en la fragua. Una mirada microhistórica a los liderazgos políticos en una región del norte argentino (1945-1955)», de Adriana Kindgard, es un relato en el cual, gracias a la experiencia de la microhistoria italiana y del individualismo metodológico construido a partir de la idea

del sentido mentado de la acción, se exploran los orígenes del movimiento peronista y la forma de cooptar las distintas tradiciones de lucha para ampliar sus bases sociales. En este sentido, la experiencia de lucha en la expropiación de los latifundios del líder Miguel Tanco, perteneciente a la Unión Cívica Radical en la provincia de Jujuy, se funde en la nueva fuerza política que es el peronismo. Basado en un extenso trabajo en los archivos provinciales, este caso no muestra exclusivamente el traspaso de lealtades de un partido existente a uno de reciente aparición, sino también cómo operó la política de alianzas del peronismo para ampliar su base social y cómo se apropió de las demandas de tierras preexistentes.

Finalmente, el capítulo «Consensos, liderazgos y movilidad social en la actividad política. Etnografía de un municipio en Argentina (1990-1999)», de Virginia Mellado, construye desde la etnografía un mapa de la transformación institucional en el departamento de Maipú, en la provincia de Mendoza, en el noroeste de Argentina. Aquí aparecen, a partir de la historia oral, las formas en que se van entretejiendo el trabajo político de base y las formas de iniciación política y posibilidades de ascenso de los personajes más ligados a las bases sociales. La emergencia del «delegado municipal» en la década de los noventa es parte del proceso de descentralización de funciones administrativas y fiscales para agilizar la resolución de problemas concretos que aquejan a los vecinos. Gracias a estas reformas, las delegaciones municipales se encargan de las políticas sociales y de vivienda a nivel local, de ahí que, dada la naturaleza socialmente sensible de los temas, el delegado además de corporizar esta nueva presencia del Estado entre los ciudadanos actúa como operador político al viejo estilo, orientando el voto y formando redes clientelares.

Es posible, a partir de una mirada transversal de los diferentes capítulos, obtener un panorama general de las vastas posibilidades de las teorías y prácticas metodológicas que pueden ser empleadas en el oficio del historiador político. En este sentido el libro constituye un importante ejemplo de la multiplicidad de enfoques desde los cuales pueden comprenderse los distintos aspectos del quehacer político institucional. Por otra parte, desde una mirada de la periferia, es viable observar cómo la construcción de la política puede ser abordada desde los personajes de la historia no oficial, los «sin historia», para dar voz a las alteridades que construyen en definitiva el devenir de la historia política aunque, como se muestra en los ensayos relacionados con el peronismo, la «periferia» pensada como espacio y como actores busca reproducir el orden del centro.

Finalmente, un aspecto inconcluso para las ciencias sociales en general es el intento de conjugar las distintas vertientes teóricas con los estudios de caso, materia todavía pendiente en algunos títulos de este libro, pero que también puede servir como aprendizaje para los futuros emprendimientos.—KARINA KLOSTER y WILDA WESTERN, Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

González Cruz, David (dir.), *Versiones, propaganda y repercusiones del Descubrimiento de América: Colón, los Pinzón y los Niño*, Madrid, Sílex, 2016, 429 pp.

Los estudios colombinos se han enfrentado tradicionalmente a numerosas cuestiones espinosas, no siendo la menor de ellas la elevación a la categoría de héroe de un personaje tan enigmático como Colón. Consuelo Varela ha explicado muy bien ese problema, vinculando la biografía del genovés al concepto de «propaganda». «Supo Colón como nadie organizar su propia propaganda», nos explica; a continuación «hubo otra [propaganda] tan sutil y estudiada como aquella: la historia póstuma»; y finalmente, llegó la magnificación romántica, que hizo de Colón un «hombre mítico». En sintonía con estas ideas, Felipe Fernández-Armesto ha criticado las numerosas biografías que entronizan a Colón como figura «por delante de su época», abstrayéndolo de «su contexto adecuado». Y continúa argumentando, «probablemente hay que responsabilizar de ello a la influencia misticadora de los autores del siglo XVI, considerados con poca exactitud como fuentes primarias», así como a Colón mismo. Fernández Armesto se juramentó contra lo que consideraba una «leyenda inventada por el propio explorador», una auténtica «imagen “promocional” que Colón proyectó en sus propios escritos en la última parte de su vida [...] adoptada por los autores de los detallados relatos del siglo XVI que han influido en los autores subsiguientes». El verdadero Colón se encuentra más allá de la propaganda, conviviendo con aquellos «contextos a los que pertenecía».¹

David González Cruz, catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Huelva, se ha situado en esta línea de pensamiento crítico hacia el mito de Colón. Consciente de que las fuentes históricas no son

¹ Varela, Consuelo, *Cristóbal Colón. Retrato de un hombre*, Madrid, Alianza, 1992, 13, 165 y 173. Felipe Fernández Armesto, Felipe, *Colón*, Barcelona, Crítica, 1992, 6-7.

neutras, ha advertido la necesidad de redefinir los vínculos entre el *corpus* documental sobre el Descubrimiento, el personaje Cristóbal Colón y los entornos históricos donde se movió. Su propuesta, no obstante, contiene varios elementos originales que lo distinguen de otros autores con puntos de vista similares. Para Fernández Armesto, los contextos eran la herramienta que permitía hallar al Colón histórico, rescatado de la parafernalia propagandística emanada de los textos. En cambio, a González Cruz le ha interesado más subrayar el protagonismo histórico de los contextos, marginados tras la exaltación individual colombina vociferada desde las fuentes. Algunos contextos no fueron simples escenarios en la consecución del Descubrimiento, sino auténticos protagonistas. González Cruz piensa en las sociedades marineras onubenses como instrumentos activos de la superación oceánica. Desde esta perspectiva, el libro que coordina representa una continuación coherente de otra excepcional obra colectiva anterior, *Descubridores de América. Colón, los marinos y los puertos* (2012), cuyo solo título resulta revelador por sí.

Siendo estas propuestas el punto de partida y llegada, la obra analiza el Descubrimiento como hecho cultural poliédrico a través de quince capítulos redactados por un excelente conjunto de historiadores de Huelva, la Casa Colón de Valladolid y diferentes especialistas internacionales, especialmente portugueses. La diversidad del enfoque queda reflejada en la atractiva terna del título: «versiones, propaganda y repercusiones». Su dimensión más evidente se encuentra en la naturaleza del Descubrimiento como hecho geográfico que modifica profundamente el arte de la navegación, los paradigmas cartográficos o el conocimiento etnográfico. Varios capítulos se vuelcan sobre estas consecuencias intelectuales. El debido a Pilar Gil Tébar desvela sutilmente las primeras manifestaciones europeas de alteridad ante la contemplación de los indios americanos, cuyas identidades culturales previas al encuentro con los europeos no tuvieron más remedio que evolucionar. Pablo E. Pérez-Mallaína, por su parte, nos plantea cómo la forja de las rutas oceánicas tuvo relación con la aparición de una portentosa literatura náutica en España, presentada como elemento destacado de la apertura europea hacia el resto del mundo. En general, como Siro Villas Tinoco recuerda en su contribución, muchos saberes se renovaron profundamente entre finales del siglo XV y el siglo XVI, y el Descubrimiento representó un capítulo esencial en una etapa histórica marcada por el anhelo generalizado de cambio y progreso. Sobre la renovación de los conocimientos cartográficos en concreto, escriben Jorge Ángel Gómez Martín y Bár-

bara Polo Martín. El primero demuestra la influencia de las observaciones colombinas (errores incluidos) sobre las representaciones geográficas de primera hora, como las de Juan Rodríguez de Fonseca y, muy especialmente, Juan de la Cosa. Polo Martín, finalmente, retoma la cuestión y aborda la presencia de las huellas de Colón en el mapamundi de Zorzi y la carta de Roselli-Contarini.

Otro estrato del libro bucea en la difusión textual del Descubrimiento. Así, las páginas de Renate Pieper buscan profundizar en los procesos de publicación de la nueva americana en Europa a través de los textos impresos en España, Italia, Francia y el Sacro Imperio, donde el acontecimiento coincidió con el acceso a la dignidad cesárea de Maximiliano de Habsburgo. Según Jesús Varela Marcos, la primicia del conocimiento de América en España no se debió a Colón sino a Martín Alonso Pinzón, que informó a los Reyes Católicos desde Bayona a últimos de febrero de 1493, después de lo cual comenzó un proceso de difusión literaria y cartográfica que, dentro de su carácter caótico y oscuro, persiguió llegar a Roma para recabar la colaboración papal en la competencia marítima de Castilla frente a Portugal

Lo que se escribía en esos textos, entonces, no era inocente. De hecho, pocos de los textos redactados en el entorno colombino lo eran. Julio Izquierdo Labrado se introduce en sus dobleces e indaga en algunas de las realidades que ocultaban. El primero de los dos capítulos a su cargo denuncia la manipulación del diario del primer viaje de Colón, que establece una ruta de navegación imposible a fin de ocultar a los portugueses que los descubrimientos se habían realizado en la zona de demarcación que el Tratado de Alcáçovas-Toledo les reservaba, situación dudosa que no se legalizó hasta la firma del Tratado de Tordesillas. La desvirtuación textual de la realidad también benefició a Colón, según defiende David González Cruz. El Colón de González Cruz es tan buen publicista como navegante y, a través de la propaganda personal, logró capitalizar individualmente los méritos de la epopeya atlántica, en detrimento de la marinería onubense. Él mismo sentó las bases de un mito persistente que, según revelan las páginas de Maria Matilde Benzoni, continuó desarrollándose a lo largo de los siglos, entroncando con tendencias de pensamiento exaltadoras de Europa y Occidente.

Julio Izquierdo, en su segundo capítulo, rellena muchos de los silencios de la propaganda colombina. En particular, profundiza en el conflicto entre Cristóbal Colón y Martín Alonso Pinzón, presentado aquí como el líder natural de la marinería palerma y sin cuya concurrencia y experien-

cia práctica difícilmente habría podido manejarse el genovés. La villa de Palos fue decisiva tanto en lo individual como en lo colectivo durante la construcción de las nuevas rutas oceánicas a América y, paradójicamente, encontró en este ímpetu emprendedor las razones de una fuerte declinación. En la misma línea, el trabajo de Diego Roper Regidor hace hincapié en la enorme contribución de la localidad de Moguer a los mismos acontecimientos: marineros, familias que quedaban en tierra, productos agrarios, barcos, saberes náuticos...

Pese a la relativización individual de Colón, el libro no deja de incluir capítulos que abundan en una figura a la que, por supuesto, se sigue reconociendo una importancia decisiva. El de Manuela Mendonça pone el centro de atención en la relevancia de sus múltiples vínculos portugueses y valora particularmente los detalles de un acontecimiento tan problemático como la estancia de Colón en Lisboa y su encuentro con el rey portugués Juan II en 1493, al regresar de su primer viaje. Montserrat León Guerrero desentraña las complejidades financieras de las expediciones colombinas y se pregunta por los beneficios económicos que estas le generaron a Colón y a su familia, concluyendo que, aunque haya dificultad para aportar cifras de mucha exactitud, resulta necesario rechazar la leyenda que afirma que Colón murió pobre: además de la rentabilidad social, sus viajes le proporcionaron unos ingresos significativos. En cambio, como es bien sabido, jamás disfrutó del placer de comprender la verdadera dimensión del viaje de 1492. Maria da Graça Mateus Ventura indaga en la mentalidad del genovés y evoca sugerentemente sus dificultades para asimilar los territorios que encontró, superadas pronto por otros hombres como Martin Waldseemüller o Amerigo Vespucci. Colón opacó los méritos de muchos, pero otros opacaron los suyos también.

Muchos méritos científicos acreditan la nueva obra coordinada por el profesor González Cruz. No se agotan solo por recordar la capacidad de aportar novedades sobre un tema tan ampliamente tratado, la sutil crítica de las fuentes históricas, las comparaciones y contrastes entre las construcciones culturales y la realidad factual, la generosa heterogeneidad de planteamientos o su incuestionable voluntad de generar debates, que ojalá efectivamente se produzcan. Hay que alabar en él la reivindicación de una explicación colectiva del Descubrimiento que supere la simplificación del paradigma personalista, haciendo justicia a las esforzadas gentes de las poblaciones del Tinto y el Odiel en el siglo XV.—JOSÉ MANUEL DÍAZ BLANCO, Universidad de Sevilla.

Mesa-Lago, Carmelo (coord.); Veiga González, Roberto; González Mederos, Lenier; Vera Rojas, Sofía y Pérez-Liñán, Aníbal, *Voces de cambio en el sector no estatal cubano. Cuentapropistas, usufructuarios, socios de cooperativas y compraventa de viviendas*, Madrid, Editorial Iberoamericana, 2016, 218 pp.

La principal novedad en la sociedad cubana en las últimas décadas, desde el *período especial* que siguió al fin de la Unión Soviética, ha sido el surgimiento de empresarios y trabajadores por cuenta propia. Fueron permitidos por el Estado, obligado por la supervivencia de la revolución, y procedentes del mercado negro o animados al ejercicio de las actividades *consentidas*, pero siempre con una fuerte conexión con este último, impelidos por las limitaciones de su desempeño dentro de la legalidad, las trabas resultado de la misma, y las aperturas y cierres en las autorizaciones.

Cuentapropistas de los sectores de reparación, servicios y pequeña producción, usufructuarios de tierra que venden toda o parte de su oferta en el mercado libre, socios de cooperativas no rurales y agentes inmobiliarios son los rubros que agrupan a los trabajadores y empresarios citados, que con el tiempo, pese a haber sufrido ciclos de mayor o menor permisividad con su actividad, han ganado relevancia debido a las urgencias de la revolución. Desde 2011, con el VI Congreso del Partido Comunista, en el que se estableció como hoja de ruta la reforma económica y adelgazamiento del sector público en lo referente al empleo, y con las medidas subsiguientes en las que esto se concretó, los referidos sectores se han consolidado. No obstante, aunque ahora se les exige que a la provisión de bienes y servicios añadan otra función, tradicionalmente ejercida por el Estado, y dispongan de fuentes de trabajo alternativas para la población, que ya no son monopolizadas por aquel, su situación en general no ha mejorado en correspondencia y similar proporción.

El contexto económico-social y político en que el que han surgido y se han desarrollado los empresarios y trabajadores por cuenta propia en Cuba explica también por qué son muy pocos los datos y estudios sobre ellos y que, en consecuencia, sean bastante desconocidos. *Voces de cambio en el sector no estatal cubano* pretende ayudar a resolver tal carencia. El libro es fruto del esfuerzo de un selecto grupo de académicos y profesionales, Roberto Veiga y Lenier González (codirectores de *Cuba Posible* y antes director y vicedirector, respectivamente, de *Espacio Laical*), Aníbal Pérez-Liñán y Sofía Vera (catedrático de la Pittsburgh University y editor de *Latin Ame-*

rican Research Review y doctoranda de esa universidad), coordinados por Carmelo Mesa-Lago, uno de los mejores especialistas en el análisis de la revolución castrista, sobre todo de su economía. El propósito de la obra es reunir y divulgar la escasa información disponible acerca de las personas que trabajan en la isla fuera del espacio público y de sus actividades, y contribuir a su visibilización y conocimiento, para lo cual han confeccionado, ejecutado y tabulado el resultado de una serie de entrevistas, 80 en concreto, realizadas entre 2014 y 2015 en varios municipios de la provincia de La Habana y alrededores.

La pequeñez de la muestra se debe a las dificultades que en el contexto socio-político cubano tiene la realización de un estudio y más aun si se basa en información proporcionada por la población y versa sobre problemas que afectan a la estructura del régimen revolucionario. La debilidad del trabajo, por tanto, está en los problemas inherentes que ha supuesto su confección, y por eso es también su principal aportación, ya que ayuda a entender sus limitaciones y a la vez su necesidad.

La obra comienza con la exposición y análisis de la escasa información sobre los sujetos y actividades económicas que estudia. Las investigaciones de Carmelo Mesa-Lago al respecto en las últimas décadas, su rigor y común reconocimiento, son presentación suficiente de la calidad de este apartado, en el que se intenta responder ¿qué es el sector no estatal emergente cubano? Se explica que con efectos metodológicos se haya dividido en cuatro categorías: trabajadores autónomos, usufructuarios de tierras, socios de cooperativas no rurales y agentes inmobiliarios, y la estructuración del libro en capítulos que las examinan específicamente, indagan en sus antecedentes y exponen lo que las entrevistas permiten conocer de ellas en sí mismas y comparativamente, en lo cual se extienden los últimos acápites, completados con un apéndice sobre las entrevistas y una bibliografía.

Además de examinar el contexto político, institucional y social de los sectores no estatales de la economía de Cuba desde su legalización por el Estado, el libro explica la normativa cambiante respecto a sus actividades, que con el tiempo se ha vuelto más permisiva, pero aun adolece de la cortapisa fundamental sancionada por el VI Congreso del Partido Comunista, que las considera como complementarias y reguladas por el gobierno e impide a quienes las ejerzan acumular riqueza. Junto a su estudio en tales términos *Voces de cambio* aporta también las pocas estadísticas disponibles sobre su sujeto de estudio. Se estima que quienes trabajan al margen de lo público en la isla son aproximadamente el 33 % de la fuerza laboral,

compuesta por unos 5.100.000 individuos. De ella el 43 % son empleados o cooperativistas, el 31 % cuentapropistas, el 20 % usufructuarios de tierra y el 6 % propietarios. Llama la atención la mala presencia de mujeres —no llega al 30 %— y sobre la cual los autores apenas adelantan explicaciones. Por otra parte, acerca de su potencial únicamente hay un cálculo oficial *grosso modo* realizado en 2011, en el cual se señalaba que en 2015 llegaría a aportar un tercio del PIB, y algunas investigaciones privadas muy limitadas.

En todos los sectores analizados la información oficial respecto a la edad, género o nivel educativo es escasa o nula y las entrevistas resuelven poco el problema por no ser suficientes para conformar una muestra susceptible de análisis científico. Las conclusiones que de ellas se obtienen, no obstante, son muy interesantes y sugestivas. En general los sujetos analizados fueron reticentes a hablar de sus ganancias y se quejaron de los mismos problemas, de la rigidez de las regulaciones, escasez de las ayudas y disposición de crédito, la burocratización y falta de incentivos que padece su actividad, los elevados impuestos, poca capacitación específica del trabajo, acrecentada por estar prohibido a los profesionales ejercer oficios en los que están formados, la concentración de la oferta de los bienes y servicios en la agricultura, alimentación, transporte y turismo, o la constatación de que los precios han bajado poco a consecuencia de la carestía de los insumos y tasas y a la mejora, sin embargo, de la oferta y su calidad.

Las entrevistas evidencian también que entre los que trabajan en Cuba al margen del Estado son los cuentapropistas quienes muestran un grado mayor de satisfacción, y vinculan ello al hecho de que en su gran mayoría obtienen algunas ganancias de su actividad, lo que no ocurre con quienes se dedican a la agricultura, debido a que no disponen de mercados realmente libres, a que el Estado fija los precios y muchas veces compra la producción por el importe que establece, a que los insumos son caros, faltan tecnologías, fertilizantes, plaguicidas e infraestructuras de comercialización. Por lo general ambos sectores y los demás tienen poca capacidad de generar empleo, cuentan con escasos trabajadores, defecto que solo es algo menor en el caso de los cuentapropistas, que además suele ser más atractivo para la población joven.

El sujeto analizado por *Voces de cambio del sector no estatal cubano*, finalmente, es en general y como promedio hombre, de unos 41 años de edad, blanco y con estudios medios o superiores, aunque los autores señalan que por la debilidad metodológica y empírica del trabajo efectuado

es posible que las mujeres, los afrochicanos e individuos con menor nivel de enseñanza estén subrepresentados. Otra conclusión interesante que se obtiene de las entrevistas es que sobre todo entre los cuentapropistas hay una tendencia destacada a reinvertir parte significativa de las ganancias, lo que seguramente indica confianza en la propia capacidad y en el contexto político y socio-económico y, desde luego, aporta solidez a las actividades económicas.

En conclusión *Voces de cambio* es un esfuerzo, a la que vez que limitado, enorme por su contribución escasa pero descomunal —en el entorno y con las posibilidades con las que está realizado y ha podido ser realizado— al conocimiento de lo más novedoso que ha surgido en la sociedad de Cuba en las últimas décadas y cuyo desconocimiento hace de cualquier intento honrado y riguroso de aliviarlos, como el que aquí nos ha ocupado, un esfuerzo de incalculable valor y trascendencia.—ANTONIO SANTAMARÍA GARCÍA, Instituto de Historia, CCHS-CSIC, Madrid.

Navarro García, Luis y Navarro Antolín, Fernando, *Las dobles exequias del arzobispo Figueredo (1765): El canto del cisne de los jesuitas de Guatemala*, Huelva, Universidad de Huelva, 2016, 397 pp.

Nunca me pude imaginar que detrás del título de *Las dobles exequias del arzobispo Figueredo (1765)* hubiera un contenido tan rico tanto por la materia en sí como por los autores, dos Navarros, un tándem singular, padre e hijo, que hacen una combinación muy armoniosa, aportando cada uno lo propio de su especialidad, a saber, historia de América y cultura clásica. Como su título expresa, en el caso del arzobispo de Guatemala, Dr. D. Francisco José Figueredo y Victoria, se celebraron dobles exequias, en la catedral de la capital de la Audiencia bajo el título de *Lágrimas de las dos Américas* y en la iglesia del colegio de los jesuitas con el título de *El llanto de los ojos de los jesuitas*, como si una sola hubiera sido insuficiente o, quizás con mayor precisión, como si la Compañía de Jesús de Guatemala no hubiera podido renunciar a celebrar las exequias en familia, ya que tanto debía al arzobispo payanense.

Porque, efectivamente, Figueredo había nacido en Popayán en 1685, se había formado en el Real Seminario de San Luis en Quito bajo los jesuitas y ejercido de cura rural durante años hasta que fue llamado a la sede

de Popayán, donde ocupó algún cargo en la curia hasta que en 1741 se le designó para ocupar la sede episcopal. Tanta era su vocación pastoral que realizó visitas a un territorio que aun hoy en día es sumamente difícil por su terrible orografía. Hasta 1753 no fue promovido a la sede arzobispal de Guatemala, un criollo que no había salido de su territorio antes de alcanzar los setenta años. Muy limitado de fuerzas físicas, consumidas en su etapa anterior, y prácticamente ciego entregó su vida al creador en 1765.

La relación con los jesuitas le venía desde sus años de formación en Quito, relación que lejos de disminuir potenció sobre todo cuando tuvo más poder y capacidad para favorecerlos con generosas dádivas y concesiones. No contento con esa protección, siempre aspiró a vincularse más íntimamente a la orden ignaciana, de modo que solicitó del padre general y del papa poder hacer los votos de la orden antes de morir y ser amortajado con la sotana de los religiosos ignacianos, como efectivamente ocurrió. Junto a ese rasgo tan sobresaliente de amor a los jesuitas destacó también por su deseo de progresar en su carrera eclesiástica para lo que no ahorró influencias cortesanas.

Esta obra consta de dos partes. La primera es un estudio preliminar, que alcanza un poco menos de la mitad de la obra, y nos ofrece una semblanza del personaje que con humildad titula el Dr. Navarro García como «aproximación a su biografía», pues no cabe duda que le hubiera gustado descubrir mucho más de la vida del arzobispo Figueredo, en especial de su estancia en la sede de Guatemala, de la que apenas han quedado testimonios dado que en muy poco tiempo perdió completamente la vista, pero que le ha exigido consultar en el Archivo de Indias la documentación de tres audiencias, Santa Fe, Quito y Guatemala, dada la posición peculiar de Popayán entre las dos primeras. Destacan en su ejecutoria de obispo las visitas a las sucesivas diócesis, tanto en Popayán, comenzando desde el Chocó hacia el sur, como en Guatemala, donde visitó 48 de las 123 parroquias en un inmenso territorio desde Chiapas hasta Nicaragua. Aparte de las visitas a los pueblos, que constituían el mayor objeto de sus cuidados, tuvo que armonizar a su equipo de capitulares en el gobierno de las diócesis, así como a los doctrineros y llevarse bien con las autoridades civiles, sin descuidar los asuntos económicos y las demandas culturales y asistenciales.

Las exequias y en este caso dobles exequias, ocupan la mayor parte del texto de la primera parte, en que dentro del contexto de la Compañía de Jesús en la Nueva España, se trata en detalle del arte funerario, de los túmulos, de las oraciones fúnebres, de la pira funeraria erigida para las exequias

del obispo Figueredo, de los autores jesuitas de los opúsculos, de toda la iconografía y de las imágenes debidas a los padres Sacrameña y Molina, simbolismos y textos de las cartelas tanto en latín como en castellano con amplias y minuciosas explicaciones en numerosas notas. En total las notas suman 616 en 342 páginas de texto, a las que hay que añadir como complemento imprescindible las 42 páginas de ilustraciones. Todos los textos latinos, tanto poéticos como retóricos, están traducidos y anotados, corrigiendo y comentando las distintas versiones que han aparecido publicadas. Destaca en un contexto barroco de gran profundidad de erudición, pues ha tenido que ser un experto latinista y humanista como el Dr. Navarro Antolín, quien indague la enorme carga de sabiduría clásica contenida en las composiciones poéticas y en las oraciones fúnebres para que lleguemos a saber los niveles alcanzados por los jesuitas de los centros universitarios de Guatemala, donde desarrollaban su labor docente y apostólica.

A continuación, en la segunda parte se presenta la edición crítica, traducción y notas de los textos, tanto los exhibidos en la pira de la catedral como en la iglesia de los jesuitas, ambas con sus cartelas de epitafios y poemas latinos o castellanos, así como de las oraciones fúnebres de los predicadores jesuitas en ambos templos, para de este modo fijar de acuerdo a los criterios más exigentes una versión fiable. Es una auténtica obra literaria en sus distintos estilos poético y prosaico, un ejercicio barroco de estilismo que demuestra la altura de los conocimientos de los maestros jesuitas en saberes teológicos y en recursos estilísticos. Con esta edición lograda de la comparación y cotejo de todas las ediciones anteriores de esos textos, se puede albergar la certeza de que el Dr. Navarro Antolín ha fijado con seguridad una versión incontrovertible. Como se ha dicho ambas exequias corrieron a cargo de jesuitas, en la catedral el P. Cantabrana pronunció su *Lugubris lamentatio* y el P. Calatayud su *Sermón fúnebre*, mientras que en el colegio fueron el P. Rafael Landívar con su *Funebris declamatio* y el P. Vallejo con su *Lúgubre declamación*.

Ante las limitaciones de la biografía del arzobispo finado cabe la tentación de pensar que es más valioso el continente que el contenido, es decir, el homenaje que el homenajeado, precisamente porque su estancia en Guatemala nos queda algo desdibujada, salvo en lo que afectó a la Compañía de Jesús, receptora de las predilecciones del pastor, y lo que destaca son los oradores fúnebres. Puede que en esto se manifieste el barroquismo que no es tan aparente en los textos y panegíricos del difunto. Pero en este estudio la explicación de las honras fúnebres desarrolladas en los túmulos con la

cantidad de simbolismos, órdenes y disposición de toda la pira en los distintos pisos, adornos e iconografía, sin contar con los bosquejos biográficos de los autores, es en sí misma de un valor superior. Todo ello es fruto de investigaciones acuciosas, pero donde más resalta la maestría del experto es a la hora de interpretar y buscar el origen de figuras, alusiones, citas de episodios de la literatura bíblica, clásica o patrística. Todo eso no lo hace más que un experto y por tal motivo destaca tanto el continente. Claro que estas explicaciones y riqueza de saberes no serviría de mucho sin el valor de los pensamientos de los propios panegiristas, que dentro del marco barroco no abusan de elogios regalados.

Paradójicamente, ¿quién hubiera podido decirle al gran benefactor de la Compañía que todos sus desvelos por favorecer la obra educativa y apostólica de aquellos padres iba a desaparecer por su extrañamiento de los territorios españoles en apenas dos años? ¿Cómo podía perderse todo aquel legado de saberes y conocimientos, desarrollados en tantas casas de estudio y centros de difusión y enseñanza? Una floración tan ubérrima hasta en rincones no nucleares, como Guatemala, iba a quedar truncada con una medida tan política como injusta por un monarca absoluto, que tenía potestad para guardarse las razones de tal medida en su real pecho.

Lo mismo que los jesuitas produjeron un sin fin de obras materiales de orden económico agrícola y ganadero, que levantaron extraordinarias obras de arte a lo largo de todo el continente, que son motivo de admiración hoy en día, lo mismo que regentaron grandes centros de saber para difundir los conocimientos y que se internaron en los lugares más inhóspitos o peligrosos en pos de la difusión del Evangelio, también alcanzaron cotas importantes de obras literarias gracias a su método didáctico del *ratio studiorum* como vemos en estos ejercicios que no son de puro exhibición sino salidos del agradecimiento más sincero. Quienes pudieron producir estas perlas de la oratoria o de la poesía estaban en condiciones de crear obras más importantes como en el caso de Rafael Landívar con su *Rusticatio Mexicana*, obra de un exiliado en Bolonia que lejos de dejarse vencer por la melancolía, la superó escribiendo sobre su tierra un poema admirable. Paradoja no menor esta que para poder escribir esta gran obra tuviera que producirse la extinción de la orden ignaciana, pues seguramente sin el exilio no se hubiera visto forzado a escribirla. Si este de Landívar fue un caso excepcional, hubo muchas otras obras que quedaron frustradas tras esa medida.

Por todo lo cual este libro de los doctores Navarro pone en valor la producción literaria de unos miembros de la Compañía que dominaban el

castellano y el latín como para plasmarlo en obras dignas de ser conocidas. Junto a otros autores contemporáneos ya en unos años de renovación ilustrada tenían todo el armazón mental y el desarrollo metodológico para estar a la altura de los mejores. Mérito de los autores de esta obra es poner en conocimiento, aunque sea con la excusa del obispo Figueredo, el acervo de saberes que en cualquier ciudad del imperio español se poseía gracias a la tarea de unos religiosos entregados a labor tan digna humana y divinamente.—JULIÁN B. RUIZ RIVERA, Universidad de Sevilla.

Pino Iturrieta, Elías, *Positivismo y gomecismo*, Caracas, Editorial Alfa, 2016, 202 pp.

Es bien sabido que los libros tienden a cobrar vida propia, escapándose al autor sin por eso dejar de acompañar a veces una actualidad cuyas raíces se hunden en un pasado no tan remoto, aunque no siempre asumido. Tal es el caso de esta tercera reedición de la obra de Elías Pino Iturrieta, historiador de las ideas de reconocida trayectoria académica e intelectual, cuya acuciosidad no se ha desmentido para nada en lo que a interpretación de la historia reciente y especialmente a personalismo político e historia oficial de Venezuela se refiere. Este «tercer regreso», como lo llama el autor, se nutre en efecto de una amplia y novedosa bibliografía sobre el «benemérito» «tirano liberal» Juan Vicente Gómez. El libro se vuelve a publicar además en un contexto de creciente imposición del personalismo en la cúspide del Estado, de intentos sistemáticos por asegurarse el control de la sociedad en su conjunto y, en fin, de apología constante a los «mandones de turno» si no al finado «Bolívar del siglo XXI». En este sentido, el papel de los intelectuales dentro de un régimen personalista no es el menor aspecto de estas permanencias del pasado criollo en un presente revuelto más cercano a la «última catástrofe» ejemplificada por Henry Rousso que a un gobierno cabal y de fundamentos democráticos.

La influencia del positivismo se remonta en Venezuela a la sexta década del siglo XIX, con una alocución de Rafael Villavicencio pronunciada desde las aulas universitarias. Hasta 1935 (fin de la cruenta dictadura gomecista que duraba desde el año 1908) esta corriente filosófica e intelectual que reúne a historiadores, sociólogos, juristas y médicos, predomina en la vida política. Las leyes sociales, el progreso como meta, la ciencia positiva y la

importancia para los «conductores del pueblo» del método científico y de la sociología, son unos de los lemas que sustentan la nueva ideología asentada en la lectura de autores europeos (Comte, Spencer, Stuart Mill...) y en la búsqueda de una economía fortalecida por el auge de la industria petrolera así como de un gobierno liberado de los caudillos. El libro se adentra precisamente en este andamiaje ideológico, dicho de otra forma en el papel de la *intelligentsia* en la conformación del nuevo credo y legitimación del mandato autoritario de Gómez. En este sentido, ofrece una visión panorámica de notables intelectuales «orgánicos» en la perspectiva gramsciana, voz y a veces pluma del dictador y académicos todos y desvirtuando por esta misma razón el oficio del historiador profesional: Pedro Manuel Arcaya (escritor, historiador, individuo de número de la Academia Nacional de la Historia en 1910, diplomático, ministro, senador), José Gil Fortoul (sociólogo, escritor, diplomático, ministro de Instrucción Pública, autor en 1907 de la famosa *Historia Constitucional de Venezuela*), Laureano Vallenilla Lanz (senador, encargado de propaganda del régimen, portavoz del presidente, diplomático) y César Zumeta (jurista, editor propagandístico, cónsul, ministro). En su actuación sobresale el papel del «pensamiento como vehículo para la fábrica de un proyecto nacional», a lo largo de un «período capital de las relaciones entre los intelectuales y el poder», caracterizado por un análisis de los «males del continente» que radica en el pasado siglo XIX (siglo de los caudillos y de las revoluciones), «diagnóstico» altamente justificador de la dictadura. El «atavismo antropológico» ejemplificado por Zumeta y luego por Arcaya, el «gendarme necesario» de Vallenilla Lanz (la aprensión de la autoridad no deja de ser ambigua y debatida entre los cuatro teóricos: ¿el caudillo llega a liberar la nación de la anarquía?), y el rescate (¿panacea hasta en lo moral?) de patrones procedentes del mundo europeo-occidental en sus elementos humanos —la benéfica inmigración— o materiales, junto a sus costumbres cívicas, no tendrán otro significado.

El libro recorre la matriz ideológica de esta *intelligentsia* así como la nueva historiografía que se dedica a explicar y explorar, como lo hizo Gil Fortoul en su *Epistolario*, «las costumbres y la evolución histórica de Venezuela por la influencia, combinaciones de la raza, del medio físico y de los factores ocasionales que obran siempre en toda evolución social y política». No se trata aquí de considerar a cada uno de estos autores por separado sino de restituir el ambiente intelectual e ideológico que propició la justificación del gomecismo, incluyendo no sólo su filosofía racional encaminada a alcanzar la paz y el progreso y las leyes de la sociología

positiva sino también la «cultura científica» que defendieron a nivel nacional y hasta la maltrecha integración continental. También insistieron en la introducción de procedimientos democráticos, advirtiendo sin embargo la especificidad del caso venezolano: raza, sociedad guerrera y de pocas virtudes colectivas, condición *sine qua non* del ejercicio de la ciudadanía, vida política arrastrada por el personalismo caudillista y las revoluciones, aunque no concordaron siempre en la etiología del caso. Arcaya hasta puntualizó en sus *Memorias* que «la democracia es un mito en Venezuela, pero mito peligroso, porque ha servido de bandera a las revoluciones que afligieron y arruinaron al país». Ahora bien, todos se convirtieron en apologetas de la autoridad de un César, autoridad legítima por razones históricas y constitucionales así como por las «necesidades del momento». Solo un hombre imprescindible estaba en condiciones de contrarrestar el fenómeno de «disgregación» (Vallenilla), o sea un hombre de acción y disciplina como Juan Vicente Gómez.

De este régimen fundado en un proyecto «positivo» y de esta «nación hecha Gómez», los letrados que integraron la camarilla se hicieron los pilares, obviando la presencia de los partidos, bajo el ropaje de una ruptura con el pasado y de la puesta en escena de un «personalismo positivo» (a diferencia del ninguneado siglo XIX). Fomento de la actividad económica, obras públicas incluidas, y modernización del ejército dejaron huellas en la historia del siglo XX venezolano. La correspondencia de Gómez con los intelectuales entregados a la causa de la dictadura y portavoces de ella desde sus cargos diplomáticos conforta esta interpretación que despierta no pocos ecos en el tiempo presente venezolano. Si en la obra del «tirano liberal» (título de una obra de Manuel Caballero) despertó no pocas contiendas historiográficas, el nexo entre gomecismo y positivismo, como doctrina e ideología al servicio de la dictadura, no arrojó tantas dudas. Como lo subraya Elías Pino, «si el gomecismo significa la privanza absoluta y arbitraria de un hombre en la génesis de la Venezuela contemporánea, el positivismo es el escudo para presentarlo a la consideración del mundo, el ropaje erudito de una realidad de la que forma parte y a la cual debe su permanencia, mientras en otras latitudes golpean nuevos aires en la mente de los hombres». En pocas palabras, estamos ante un análisis imprescindible que deberían revisar cuidadosamente —y tener en su biblioteca— tanto los estudiosos de un pasado no tan lejano como los analistas de un presente asediado por los mismos «males»: personalismo y revolución.—FRÉDÉRIQUE LANGUE, CNRS-IHTP, París.

Sánchez Andrés, Agustín y Pérez Herrero, Pedro, *Historia de las relaciones entre España y México, 1821-2014*, Madrid, Marcial Pons, Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos, 2015, 369 pp.

La conflictiva historia de las relaciones entre España y México ha despertado desde siempre un gran interés entre los historiadores de ambos países, especialmente desde el lado mexicano. Ello ha dado lugar a una multiplicidad de estudios que abordan esta cuestión desde distintos aspectos y períodos. El resultado ha sido un escenario historiográfico muy fragmentado, en el que no existía una obra que analizara las relaciones bilaterales en conjunto desde la independencia de México hasta la actualidad. Los autores de *Historia de las Relaciones entre España y México 1821-2014*, Agustín Sánchez Andrés, adscrito al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo de México, y Pedro Pérez Herrero, catedrático de Historia de América en la Universidad de Alcalá de Henares, son destacados especialistas con aportaciones previas en esta área de investigación.

En esta monografía reconstruyen las relaciones hispano-mexicanas durante casi doscientos años y lo hacen desde una perspectiva interdisciplinar, atendiendo a las diferentes variables —políticas, económicas, migratorias y culturales— de unas relaciones que, como señalan, revistieron desde el inicio un carácter poliédrico derivado de su enorme complejidad. Su propósito es entrar en el análisis de los diferentes factores que condicionaron las dos últimas centurias, diferenciando lo estructural de lo episódico y centrándose en las problemáticas de fondo que condicionaron la forma en la que las relaciones bilaterales se desarrollaron en el tiempo largo. De este modo, hacen un recorrido por el entramado de intereses, vínculos y conflictos en continua transformación que marcó la historia compartida de estos dos países desde la independencia al tiempo presente.

El objetivo de la obra podría parecer *a priori* sumamente complicado y ambicioso, pero el resultado, lejos de defraudar, sorprende positivamente. Seguramente porque ambos investigadores llevan décadas profundizando en el estudio de los diferentes recovecos de la compleja relación entre España y México y conocen perfectamente no solo la historiografía en torno al tema, sino también la historia de ambos países. El resultado se acerca más a un profundo ensayo de análisis histórico que a una monografía al uso en el ámbito de la historia de las relaciones internacionales.

El libro está articulado en torno a once capítulos que conjugan las variables políticas, sociales, culturales y económicas desde la independencia hasta la historia reciente. Termina con un balance a modo de conclusiones relativas a la última etapa de las relaciones y se anexa una cronología acerca de los principales acontecimientos que las enmarcaron. El prólogo de la embajadora de México en España, la historiadora Roberta Lajous, resalta la importancia que la relación bilateral ha tenido tradicionalmente para la República mexicana, más importante sin duda que para el lado español.

El primer capítulo constituye una reflexión en torno a las características generales de las relaciones hispano-mexicanas desde el siglo XIX al XXI. Profundiza en los factores que condicionaron las distintas etapas y hace un seguimiento de cuáles fueron sus rasgos diferenciales y la manera en que evolucionaron en una panorámica poliédrica de las relaciones bilaterales desde la perspectiva braudeliana de la larga duración histórica. Asimismo, este capítulo lleva a cabo un exhaustivo análisis historiográfico de los estudios relativos a las relaciones hispano-mexicanas publicados tanto en España como en México, señalando qué áreas han sido más estudiadas y cuáles están aun pendientes, contribuyendo de este modo a abrir nuevos campos de investigación.

El segundo apartado se centra en las vicisitudes del prolongado proceso de reconocimiento de la independencia de México por la antigua metrópoli, que solo pudo ser culminado en 1836, tras la muerte de Fernando VII. Se plantea cómo el establecimiento de relaciones diplomáticas dejó pendientes una serie de problemas que gravitarían sobre el futuro de las relaciones hispano-mexicanas, como la indefinición de la nacionalidad de los españoles en México.

Los conflictos que marcaron las relaciones desde el reconocimiento hasta el último cuarto del siglo XIX son abordados en el tercer capítulo. Se atiende al papel jugado por la influyente colonia española en México, así como a los problemas provocados por el carácter cambiante del imaginario español en México y, en particular, por el peso socio-cultural atribuido por liberales o conservadores a la herencia colonial. Se analiza también cómo la cuestión de Cuba influyó en las relaciones bilaterales y llevó a los sucesivos gobiernos moderados y unionistas españoles a tratar de intervenir en la política mexicana a fin de intentar imponer un monarca español en el trono mexicano o, al menos, incluir a este país en la esfera de influencia española. Significativamente se pone de manifiesto cómo la intensa conflictividad política de las relaciones durante esta etapa, que puso en varias ocasiones a

ambos países al borde de la guerra, no afectó apenas a las fluidas corrientes migratorias y culturales que caracterizaron al período.

El porfiriato supondría la normalización de las relaciones diplomáticas sobre la base de la importante participación del colectivo español en el proyecto modernizador impulsado por el régimen porfirista. El cuarto capítulo nos muestra cómo este período constituyó una auténtica «edad de oro» para la colonia española en México y cómo se resolvieron algunos de los principales diferendos que habían marcado el período anterior, como fue el caso de la llamada «deuda española».

La Revolución Mexicana pondría fin a este acercamiento y abriría una nueva etapa de tensiones bilaterales marcadas por nuevos intentos intervencionistas de la diplomacia española en el desarrollo político del país, como se puso de manifiesto durante el golpe de Estado contra Francisco I. Madero, y por el desarrollo de actitudes hispanofóbicas entre amplios sectores de la sociedad y del propio liderazgo revolucionario. El capítulo quinto estudia este proceso, así como la estabilización de la situación durante la década de 1920 a partir del progresivo acomodo de la colonia española en el nuevo régimen político.

Los dos capítulos siguientes atienden a los factores que llevaron al entendimiento hispano-mexicano durante la Segunda República y a la intervención mexicana en apoyo de la República en la Guerra Civil española. Se detienen en la atracción ejercida por el programa social del México revolucionario sobre la izquierda española y la creación de importantes redes entre políticos e intelectuales de izquierda de ambas orillas del Atlántico, un tema poco estudiado sin el cual no se explicaría la solidaridad del México cardenista hacia la España republicana durante la Guerra Civil. Esta parte del libro aborda asimismo la llegada del exilio republicano a México, sin duda uno de los episodios más relevantes de las relaciones hispano-mexicanas, así como su importante impacto sobre el mundo académico y cultural.

Las razones de la ruptura de las relaciones diplomáticas durante la prolongada dictadura franquista son objeto del capítulo octavo. Una convergencia de factores internos y externos condujeron al régimen presidencialista mexicano, configurado a partir de la presidencia de Manuel Ávila Camacho, a adoptar una decisión que, paradójicamente, no impidió el progresivo fortalecimiento de las relaciones migratorias, comerciales y culturales entre ambos países durante las décadas centrales del siglo XX. El libro destaca la importancia de los vínculos oficiosos establecidos durante esta etapa por dos regímenes políticos que, más allá de las apariencias, pre-

sentaban a fin de cuenta notables semejanzas derivadas de su respectiva naturaleza autoritaria y tecnocrática.

El final de la dictadura franquista eliminó trabas y los gobiernos de Adolfo Suárez y José López Portillo sellarían el restablecimiento pleno en 1977. El noveno capítulo se ocupa de las relaciones bilaterales durante la transición democrática española y de su trayectoria entre 1975 y 2014. Durante los gobiernos de la Unión de Centro Democrático se conformó un marco de confianza que sentó las bases de lo que sería el establecimiento de una asociación estratégica entre ambos países y la reconfiguración de los imaginarios mutuos, que se ha afianzado tanto durante los gobiernos socialistas de González y Rodríguez Zapatero como con los del Partido Popular presididos por Aznar y Rajoy. Los dos últimos capítulos del libro ofrecen un estudio exhaustivo de las relaciones económicas y migratorias entre España y México desde 1976 hasta la actualidad. Se analiza, con profusión de gráficos y series estadísticas, la evolución de las relaciones comerciales y financieras en el marco de los compromisos regionales de ambos países (Unión Europea y Tratado de Libre Comercio, entre otros). Se advierte cómo la definitiva normalización de las relaciones hispano-mexicanas durante las tres últimas décadas ha ido de la mano del progresivo crecimiento de los intercambios económicos. El último apartado disecciona e interpreta, a partir de una exhaustiva información proporcionada sobre todo por organismos oficiales, las características específicas de los flujos migratorios y el impacto del turismo en los intercambios entre ambas naciones en los últimos años, estrechamente vinculados a la situación de sus economías y al contexto de la economía mundial.

El libro se cierra con un balance y una perspectiva a futuro sobre los nuevos retos de las relaciones bilaterales a raíz del proceso de globalización, enfatizando la necesidad de reformularlas por las demandas de un mundo cada vez más interdependiente, especialmente tras el establecimiento de un acuerdo de asociación estratégica entre México y la Unión Europea.

En la historiografía sobre las relaciones entre España e Iberoamérica las mantenidas con México han atraído especialmente la atención de los investigadores, pero hasta la aportación conjunta de Sánchez Andrés y Pérez Herrero no se contaba con un estudio científico al tiempo que exhaustivo y comprensible. Y ese es uno de los haberes que convierten *Historia de las relaciones entre España y México, 1821-2014* en una monografía novedosa en el conjunto de los estudios hasta ahora editados.—ASCENSIÓN MARTÍNEZ RIAZA, Universidad Complutense de Madrid.

Shanahan, Maureen G. and Reyes, Ana María (eds.), *Simón Bolívar. Travels and Transformations of a Cultural Icon*, Gainesville, University Press of Florida, 2016, 273 pp.

Héroe de una independencia de múltiples ecos a nivel continental, mito nacional en su país de origen, el muy mantuano Bolívar ha sido el tema de numerosas biografías, mayormente en el rubro de la historia patria venezolana y, desde la llegada del «segundo Bolívar», Hugo Chávez, al poder (1999), desde los pregones de la historia oficial y de una consiguiente reescritura de la historia *bolivariana*. Ante la instrumentalización del pasado y la «divinización» del héroe «reencarnado» en el siglo XX, más propia del «realismo mágico» en su vertiente negra y de una gesta de cuño militarista que de la escritura de la historia, la movilización de los historiadores de oficio ha sido fundamental hasta tal punto de que pasó a la posteridad como «rebelión de los historiadores». Esta recopilación de enfoque multidisciplinario, que cuenta con un prólogo de Germán Carrera Damas, señero autor de *El Culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de las ideas en Venezuela* (1970), prolongado en 2005 por *El bolivarianismo-militarismo: una ideología de reemplazo*, hace hincapié de entrada en una característica notable del personaje histórico. Bolívar se convirtió en efecto en un icono, no solo desde el punto de vista cultural como reza el título, sino también político e ideológico. A través de tres grandes apartados, el libro busca analizar las razones y modalidades de la elaboración del mito en lo «cultural», de sus vaivenes a lo largo del tiempo, desde el fundacional siglo XIX —referencia mayor para el presidente Chávez y no solo en lo que a Simón Bolívar y a la revolución de independencia atañe— hasta los siempre muy debatidos siglos XX y XXI. Reúne tanto contribuciones inéditas como republicaciones de artículos aparecidos en revistas científicas.

No carece de sentido recordar que, pese a su omnipresencia en el debate público, las ideas de Bolívar no siempre cundieron en la misma Venezuela y en la Gran Colombia en que respecta la creación de los Estados naciones y al significado de la palabra ciudadanía. Su imagen hubiera sido remodelada incluso, de acuerdo con la introducción, a usanza de los individuos y de las comunidades, desembocando en «bolivarianismos culturales». Si bien no compartimos esta sola adjetivación «cultural», que tiende a obviar el origen militar del mito y la actuación guerrera y política del héroe —vinculado además con una realidad social impostergable, la de

un aristócrata criollo, representante asumido de una élite encumbrada—, amén de los usos que de Bolívar se hicieron reiteradamente a lo largo de la historia de Venezuela, el estudio de las *representaciones* ya que de esto se trata, no deja de adquirir especial relevancia a la hora de desentrañar el funcionamiento del mito. La historia de las representaciones (sociales, políticas, culturales) asociada además, y como lo hicieron historiadores como Elías Pino Iturrieta, a la historia de las ideas, resulta aun más pertinente en el tiempo largo. Resultan incluso imprescindibles en el contexto de la Revolución Bolivariana y del ocaso de la democracia *in situ*, de un discurso propagandístico y de una simbología que se extienden incluso fuera de las fronteras nacionales.

Más allá de la adscripción globalizadora en los *Cultural Studies*, el libro ofrece varias vías para la comprensión de un personaje polifacético —quizás, el sentido más sensato que se le pueda aplicar al término «unhinged» evitando de paso el juicio de valor o la referencia decontextualizada a «esferas públicas agonísticas» tipo Laclau/Mouffe—. Pese a la mitificación orquestada desde el Estado, a la santificación del héroe por el régimen chavista y a la reescritura sesgada de su actuación política y social en la esfera pública y orientada hacia el «pueblo», tal populismo «revolucionario» (Gómez Calcaño/Arenas), no cabe la menor duda de que el Libertador no siempre fue hombre de progreso y portavoz de los anhelos de libertad e independencia, o «libertador de los esclavos» (*sic*). Basta con recordar, amén de la conformación del ejército bolivariano, la etapa constitucional y especialmente la Constitución de Bolivia (1826) y la dictadura comisoria, entre otros aspectos autoritarios de su pensamiento ocultados por la historia oficial de turno. Habida cuenta de los trabajos ya realizados sobre el tema, el propósito de esta recopilación no es, sin embargo, adentrarse en el análisis del bolivarianismo o del culto a Bolívar tal como se viene consolidando desde finales del siglo XIX bajo el régimen de Guzmán Blanco, sino proponer un estudio en el orden iconográfico y cultural de un sistema simbólico y de un «campo cultural».

No carece de interés puntualizar aquí, como lo hicieron las editoras en su introducción, que los llamados estudios culturales abarcan objetos entendidos como «signos» integrados en un dinámico y rebatido campo de poder y de significación. El proyecto intenta por lo tanto sobrepasar la cuestión del culto y de las «formaciones ideológicas o bolivarianismo» con el fin de rescatar una extensa serie de representaciones de Bolívar y, dentro de ellas, las más desatendidas: la música, las artes visuales, la

iconografía desde la época de Bolívar hasta nuestros días, y otros «procesos performativos» que las conmemoraciones del centenario (y del bicentenario de la independencia) tienden a resaltar. De hecho se entiende mejor el propósito inicial y se aclara la definición predominantemente «cultural» del bolivarianismo tal como se enarbola en las primeras páginas de la obra.

Una primera parte incluye una serie estudios dedicados a la imagen de Bolívar y a la forja del icono «visual» tal como se afirmó el siglo XIX a través de sus retratos, una «conquista visual» de singular significado en el mismo proceso de independencia (E. Engel) en relación con una «ideología de la raza» que abarca otras regiones del Caribe (Cuba), concluyendo con el esclarecedor aporte de T. Straka acerca del papel de la historiografía liberal del mito y del nacimiento del historicismo junto a la creación de los símbolos nacionales en el siglo XIX, conformando una incipiente política de la memoria. En los descabros del siglo XX se centra una segunda serie de análisis, desde el «héroe de las Luces», el centro Bolívar de Eslovenia como «símbolo de liberación», un acercamiento de interés de A. M. Reyes a la reinterpretación de las imágenes «canónicas» tal como los pintó la artista colombiana Beatriz González con una mayor abstracción crítica respecto al modelo, la revitalización de la pintura contemporánea desde la vecina Colombia, hasta una deconstrucción narrativa del mito especialmente a partir de los años 1980 (A. Ríos), su expresión por medio de la poesía y de la sátira (N. Roberts) o el tratamiento que del mismo se hizo en el cine a través de la película *Bolívar Soy Yo* (2002). La versión inglesa de la «espada del Libertador» como reliquia más preciada de la Revolución Bolivariana (A. Gómez), la variabilidad de la figura de Bolívar en la política y en la vida cultural venezolana y, finalmente, los usos del bolivarianismo y la disputa por la «(re)encarnación» del Libertador en una reapropiación religiosa y popular a la vez (con motivo de la tétrica exhumación de sus restos en 2010), cierran un conjunto de aportes diversos respecto a las prácticas culturales recientes en torno a la figura de Bolívar como «signo cultural» y objeto de culto. Este breve repaso por una obra que no deja de confortar muchas pistas para la historia cultural de Venezuela quedaría incompleto de no mencionarse el selecto cuaderno iconográfico central, que viene a completar las numerosas ilustraciones que acompañan los textos y en que se sustentan la mayoría de las argumentaciones aquí reunidas.—FRÉDÉRIQUE LANGUE, CNRS-IHTP, París.

Strecker, Matthias (ed.), *Arte rupestre de la región del lago Titicaca (Perú y Bolivia)*, Sociedad de Investigación del Arte Rupestre de Bolivia (SIARB), Contribuciones al Estudio del Arte Rupestre Sudamericano, 8, La Paz, Plural editores, 2016, 358 pp., il., láms.

Como algunas otras zonas de los Andes Centrales, la región del lago Titicaca es mundialmente conocida por la arquitectura monumental producida por los estados precolombinos. Esta situación ciertamente ha eclipsado una gran cantidad de expresiones arqueológicas, testigos silenciosos de los desarrollos culturales acaecidos durante miles de años, pero poco estudiadas por los investigadores. Este libro contribuye justamente a visibilizar una de dichas expresiones, el arte rupestre, que se encuentra copiosamente distribuido por toda la cuenca del mencionado lago.

Como es bien sabido, la Sociedad de Investigación del Arte Rupestre de Bolivia (SIARB) ha hecho esfuerzos significativos por divulgar trabajos sobre el arte rupestre en Suramérica, a través de la colección Contribuciones al Estudio del Arte Rupestre Sudamericano. Este volumen, número 8 de esa colección, tiene su origen en un simposio realizado en 2012 en La Paz con motivo del Congreso Internacional «Arqueología y Arte Rupestre 25 años SIARB», al cual se le agregaron textos preparados especialmente para esta edición. El editor ha procurado reunir en este libro las contribuciones de varios investigadores que en diferentes momentos han trabajado el tema en dicha región, que incluye porciones de Perú y Bolivia, por lo que el texto constituye una síntesis actualizada de los sitios que se conocen y las explicaciones que sobre ellos se están generando.

En la introducción Matthias Strecker ofrece un resumen de los desarrollos culturales del lago Titicaca, lo que permite al lector no familiarizado comprender a grandes rasgos los procesos sociopolíticos que allí tuvieron lugar. Una serie de capítulos escritos por Matthias Strecker, Rainer Hostnig, José María López Bejarano y Elizabeth Arkush documentan la persistencia y variación del arte rupestre desde el período Arcaico hasta la época republicana, pasando por los períodos Formativo, Intermedio Tardío, Incaico y Colonial. Con estos aportes es posible obtener un ajustado panorama de todo el espectro rupestre de la región: técnicas, motivos, estilos, patrones y tradiciones. La existencia de sitios con arte rupestre pertenecientes a diferentes períodos arqueológicos convierte a la región del lago Titicaca en un área muy interesante si se pretende estudiar tanto las transformaciones como las continuidades en las prácticas de tallar o pintar las rocas. Por

ejemplo, y al contrario de lo que plantean los manuales clásicos sobre el desarrollo del arte rupestre en Suramérica, llama la atención que los sitios más tempranos se compongan de figuras talladas en tanto que los tardíos lo sean de figuras pintadas. ¿Por qué se produce el cambio en las técnicas de elaboración del arte rupestre? Es el tipo de preguntas que pueden ser abordadas en regiones como la del lago Titicaca.

Otro conjunto de artículos se ocupa de temáticas diversas, a propósito de conjuntos localizados en distintos momentos y subregiones. El texto de Elizabeth Klarich es una revisión de sus antiguos postulados sobre las diferencias en las figuras de camélidos como correlato de los procesos de domesticación. El de Adán Umire estudia la distribución espacial de las cúpulas en la cuenca norte del lago y las implicaciones cronológicas de los diferentes soportes sobre los que fueron elaboradas. Freddy Taboada analiza la persistencia en la tradición de signar con arte rupestre la cueva Qillqantiji y su relación con lo que se conoce como la «cultura andina». Elizabeth Arkush encuentra diferencias en los contextos en que aparece el arte rupestre y postula que ellas son corolario de cambios en las condiciones socio-políticas de la sub-región de Puno (Perú). Por último, Arik Ohnstad hace un balance de algunos tópicos presentes a lo largo de este volumen. Especial mención merece el capítulo escrito por Strecker, López y Arkush sobre los monumentos rupestres incaicos en Copacabana e Isla de Sol ya que abre la puerta a la discusión sobre lo que se puede considerar o no arte rupestre. Seguramente muchos investigadores consideraran que las tallas en las rocas presentadas en este capítulo forman parte de un tipo de expresión ciertamente diferente a lo que es el arte rupestre.

Una lectura transversal de los catorce artículos que componen este libro permite dar cuenta de ciertos elementos comunes a la investigación sobre el arte rupestre del lago Titicaca y por extensión a otros lugares de Sudamérica. En primer lugar, tal y como lo reiteran casi todos los autores, la mayoría de estos trabajos en realidad constituyen aproximaciones iniciales, primeros registros, denuncias de sitios que no se conocían o de los cuales apenas existían menciones parciales. Si bien es necesario —deseable— establecer programas de investigación de largo aliento, es claro que una mejor comprensión del arte rupestre no necesariamente pasa por el registro de cantidades enormes de sitios con arte rupestre. Artículos como el de Umire o el de Arkush proponen explicaciones interesantes basadas en conjuntos rupestres ciertamente reducidos. Lógicamente sus conclusiones se convierten en puntos de partida, hipótesis que deben ser

contrastadas; pero es justamente así como puede avanzar la investigación sobre el tema.

Segundo, todos los trabajos hacen uso de una larga tradición de investigaciones en zonas aledañas, lo que permite, por ejemplo, postular asociaciones cronológicas sin demasiados inconvenientes. De una parte, esta forma de proceder hace patente la madurez de los procesos investigativos en esta región de Sudamérica, producto del paciente trabajo acumulado a lo largo de varias décadas. De otra, muestra cierta comodidad respecto a las metodologías por medio de las cuales se ha llegado a estandarizar procedimientos de asignación cronológica.

Tercero, es posible observar que los análisis estilísticos e iconográficos continúan siendo el propósito, la razón de ser, de buena parte de la agenda investigativa sobre el arte rupestre. En conjunción con conceptos ciertamente problemáticos como el de *tradición*, parecería entonces que buena parte de la práctica investigativa sigue dominada por el paradigma histórico-cultural. Más allá de las críticas que se pueden hacer a dicho paradigma, lo que debería ser objeto de discusión es el carácter mismo de las preguntas de investigación y la forma en que tales preguntas suponen la integración del arte rupestre a otros objetos y contextos arqueológicos. Más allá de las controvertidas asociaciones cronológicas que surgen de la identificación de motivos comunes en el arte rupestre y demás objetos arqueológicos como la cerámica, la pregunta que debería hacerse es qué nos dicen esas semejanzas en términos de la cultura, de la economía, de la política.

Es claro que todas estas discusiones solo pueden originarse en contextos investigativos con algún grado de madurez como el alcanzado gracias a décadas de investigación en la región del lago Titicaca. Si bien los autores recalcan que ella está en su fase inicial esta es, comparativamente, una región con alto grado de dinamismo. Difícilmente se encuentra en Sudamérica otra región que convoque un número tan alto de investigadores, lo que genera un caldo de cultivo para el debate, el contraste de perspectivas diversas y la generación de nuevas hipótesis, algunas de las cuales seguramente podrán extenderse a otras regiones del continente.—PEDRO MARÍA ARGUELLO GARCÍA, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.